

El amor al mundo y a sus caminos

Autor: William Kelly

Texto bíblico:

1 Juan 2:14-16

El amor al mundo y a sus caminos

“Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno. No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo”

(1 Juan 2:14-16).

Estos jóvenes son exhortados a no amar al mundo. Puede parecer extraño que el apóstol Juan haya tenido que hacer esta advertencia a personas de semejante vigor espiritual. Pero este mismo vigor, por muy espiritual que fuere, crea un peligro. Habían salido con un vigoroso deseo de esparcir la verdad y dar testimonio de Cristo, sin temor, por la Palabra que permanecía en ellos, y por el poder del Espíritu Santo que obraba a través de ellos. Ahora bien, las mismas victorias obtenidas demuestran la existencia de un peligro, y los negocios con los hombres exponen al creyente a amar al mundo antes de saber hasta donde llegará su influencia sobre nosotros. Pues no debemos suponer que el amor al mundo es solamente una inclinación por la apariencia o el placer, la música o el teatro, la caza, las carreras de caballos, el juego o tal vez cosas peores.

El mundo es una trampa, mucho más sutil que la carne. Por ceder a los deseos de la carne, un hombre se desprecia a sí mismo, y otros, aunque intensamente comprometidos con el mundo, pueden sentir la vergüenza de esos caminos. Pero «los deseos del mundo» es otra cosa; se presenta como algo eminentemente respetable, pues ¿no es acaso lo que hace todo el mundo de cierto rango social?. Ello es **desear** lo que a la sociedad le gusta, lo que piensan aquellos que son considerados luz y guías, y creen que es conveniente para la gente.

Este agradable atractivo ejerce una poderosa influencia, especialmente en los jóvenes, y en los jóvenes fuertes que conocen al Señor y tienen el sincero deseo de hacer conocer la verdad.

¿Qué es el mundo, en el sentido espiritual? “El mundo”, moralmente, es lo que el diablo elaboró después de la caída del hombre. El “mundo” comienza con Caín y su descendencia. ¿Qué vemos en Caín? Condenado a ser errante y fugitivo en la tierra, luchó para borrar esta sentencia, y construyó una ciudad; no contentos con vivir el uno por un lado y el otro por otro, él y sus descendientes sintieron la necesidad de unirse. «La unión hace la fuerza», dicen los hombres. Por otra

parte, un hombre hábil maneja fácil y rápidamente las cosas para alcanzar el puesto de arriba; y muchos tienen la esperanza de subir estos escalones algún día, de una u otra manera o en la medida que fuere. Dios y el pecado son rápidamente olvidados en estos esfuerzos.

Así también, Caín construyó una ciudad y la llamó conforme al nombre de su hijo. Se manifestaron el orgullo y la búsqueda de la satisfacción personal, como así también el deseo de agradar a los demás, sin tener ningún pensamiento respecto de Dios. De esta familia nacieron las grandes invenciones (Génesis 4). Un hombre de un espíritu que no se halló en Abel, y ni siquiera en Set, quien es el sustituto de Abel, pero que se manifestó abundantemente en Caín y su prole.

Aquí comenzó la poesía de la sociedad, cuando Lamec escribió de forma agradable para sus mujeres; pues fue él mismo quien introdujo la poligamia, y justificó el homicidio en caso de defensa propia, lo que podríamos llamar un poema dedicado a los objetos de sus propios afectos. No era Dios sino sus mujeres lo que ocupaban sus pensamientos en relación con los acontecimientos que debían de haberlo afligido. Lamec no sólo hizo una apología de la historia de Caín, sino que halló en ella un pretexto para justificar su propio caso. Allí encontramos también el origen de la orgullosa vida de los nómades, y de los más civilizados deleites de los instrumentos de viento y de cuerda. De modo que, desde temprano, “el mundo” ya estaba en plena actividad. ¿No es éste el carácter “del mundo”? Sin duda que muchas cosas convenientes que se hallan en el mundo pueden ser utilizadas por un cristiano. Pero una sola mancha negra tiñe “al mundo”: la ausencia de un Cristo que, despreciado por el mundo, es tanto más amado por los suyos. Cíteme una sola cosa del mundo sobre la cual Cristo ponga su sello de aprobación. ¿Dónde se encuentra todo lo que Cristo apreciaba? ¿Dónde está aquello en lo que Él vivía y lo que Él amaba?

Todo lo que está fuera de Cristo puede ser un objeto para el corazón del hombre caído; y tal es el mundo. Algunos emprenden el estudio de ciencias, otros prefieren literatura; otros se sienten inclinados por la política. Desgraciadamente, ¡hasta es posible dedicarse a religión, a la obra y a la adoración del Señor, en un espíritu mundano, y de una manera egoísta, buscando o bien algún provecho para sí o fama de ello! y ¡de cuántas maneras los hombres buscan popularidad con estas cosas! Esto también es “el mundo”. El nombre del Señor tomado aparte de Su voluntad y de Su gloria no es ninguna salvaguardia. Algunos autores lo emplearon de esta manera: escribieron sobre asuntos relacionados con las Escrituras, pero ¿qué tuvieron de mejor por ello? ya que aún permanecieron completamente sin Dios y a menudo como enemigos declarados de Cristo.

De modo que, en el mundo, existen serios peligros para los jóvenes en el servicio del Señor. Cristo dijo de aquellos que el Padre le dio: “No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (Juan 17:16). Los que espiritualmente eran jóvenes fuertes son los que particularmente debían guardarse del “mundo”, porque, en su celo, éste podía convertirse en un objeto de valor a sus ojos. Podrían decir que su deseo era simplemente ganar el mundo para Cristo, que su objetivo era hacer que el mundo conociese a Cristo y su Evangelio.

Sin embargo, es necesario que seamos dependientes de Él y guiados por su Espíritu para saber **cuándo**, **adónde** y **cómo** ir. No basta que nuestro propósito y nuestras metas sean buenos. El peligro principal del cual debemos cuidarnos es la **manera** de hacer las cosas. Siempre podemos fallar en “cómo” lo hacemos. El fin puede ser bueno, pero los **medios** deben estar también de acuerdo con la **voluntad** y con la **Palabra** de Dios. ¿Quién puede guiarnos y guardarnos en los medios que debemos adoptar? Únicamente Aquel a quien pertenecemos, quien obra en nosotros por su Palabra y su Espíritu.